

INSOMNIA



VALDEMAR



Sobre JOHN MUERE AL FINAL

John muere al final nos muestra a un autor que trata de describir una demencia real y estremecedora, y lo logra con honores.

FANGORIA

El inteligente tratamiento que hace Wong del miedo logra provocar en el lector el terror existencial en una página, y hacerle reír en la siguiente.

PUBLISHERS WEEKLY

John muere al final consigue el necesario equilibrio entre comedia, terror y surrealismo que mantiene al lector pegado a su historia.

BOOKLIST

Excepcional novela de género que logra mantener un potente sentido del humor sin que disminuya jamás el miedo; David es un narrador que maneja el humor con consistencia, sus chistes y comentarios de pasada son sinceros, de manera que hace que los terrores a los que se enfrenta resulten incluso más perturbadores.

THE ONION A. V. CLUB

Sin duda del gusto de los seguidores de *Fangoria* aunque a un mismo tiempo atrayente para un público más amplio, el inteligente tratamiento del miedo logra pulsar el terror existencial del lector en una página, y a continuación hacerle reír en la siguiente.

PUBLISHERS WEEKLY

Sin duda es divertido, sí, pero también contiene más poder de acojonamiento que Stephen King.

THE DAILY TELEGRAPH (AUSTRALIA)



Esta historia es interesante, atractiva, cautivadora, impresionante, y, sí, en ocasiones incluso terrorífica. Y cuando no es nada de esto, es divertida. Muy, muy divertida.

JANUARY MAGAZINE

Puedes (y querrás) leer *John muere al final* de una sentada.

BOOKREPORTER.COM

Wong mezcla terror y suspense con comedia, una combinación difícil, y logra hacerlo sin esfuerzo.

FASHIONADDICT.COM

Esta es una de las novelas más entretenidas y adictivas que he leído jamás.

JACOB KIER, EDITOR DE PERMUTED PRESS





JOHN MUERE AL FINAL





**DAVID
WONG**

JOHN MUERE AL FINAL

**TRADUCCIÓN
MARTA LILA MURILLO**

**CUBIERTA
NONI BOYNTON**

VALDEMAR INSOMNIA

6



DIRECCIÓN LITERARIA
JOSÉ MARÍA NEBREDÁ & VALDEMAR

JOHN DIES AT THE END

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y sucesos descritos en esta novela son, o bien productos de la imaginación del autor o usados de forma ficticia.

PRIMERA EDICIÓN: NOVIEMBRE DE 2014

© 2012 BY DAVID WONG

© DON COSCARELLI [DEL PREFACIO]

© NONI BOYNTON [DE LA ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA E INTERIORES]

© MARTA LILA MURILLO [DE LA TRADUCCIÓN]

© VALDEMAR [DE LA PRESENTE EDICIÓN]

GRAN VÍA, 69

28013 MADRID

CORRECCIÓN DE PRUEBAS: ANA GARCÍA DE POLAVIEJA EMBID

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: VALDEMAR

IMPRESIÓN: COFÁS

ENCUADERNACIÓN: HUERTAS

ISBN: 978-84-7702-785-0

DEPÓSITO LEGAL: M-29.487-2014



ÍNDICE

PREFACIO (DON COSCARELLI)	15
PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2012	21

JOHN MUERE AL FINAL

PRÓLOGO	29
----------------	-----------

LIBRO UNO THEY CHINA FOOD!

CAPÍTULO 1	
EL «JAMAICANO» QUE LEVITABA	55
CAPÍTULO 2	
LA COSA EN EL APARTAMENTO DE JOHN	81
CAPÍTULO 3	
ASÁNDOME A LA PARRILLA CON MORGAN FREEMAN	105
CAPÍTULO 4	
SALSA DE SOJA	129
CAPÍTULO 5	
VIAJANDO CON MOGOLLÓN	165
CAPÍTULO 6	
ENCUENTRO CON EL DOCTOR MARCONI	195
CAPÍTULO 7	
ARNIE PIENSA QUE DAVID ES UN MENTIROSO DE MIERDA	233

**LIBRO DOS
KORROK**

CAPÍTULO 8	
LA MANCHA EN LA ALFOMBRA	243
CAPÍTULO 9	
LA PROFECÍA DE LA BRATWURST	249
CAPÍTULO 10	
LA CHICA DESAPARECIDA	315
CAPÍTULO 11	
POR CIERTO...	349
CAPÍTULO 12	
AMY	351
CAPÍTULO 13	
TRANSCRIPCIÓN DEL CHAT	381
CAPÍTULO 14	
JOHN INVESTIGA	415
CAPÍTULO 15	
EL DÍA D	445
CAPÍTULO 16	
UNA NARNIA DE MIERDA	475
EPÍLOGO	515

JOHN MUERE AL FINAL



Para mi esposa, que ha sido tan tolerante y maravillosa durante todo este tiempo que en ocasiones pensé que también ella era producto de mi imaginación. Además, para mi mejor amigo Mack Leighty, que dio nacimiento al «John» mencionado en el título, y quien hace años me convenció de que me diera a escribir en lugar de a la bebida.

Mack, nunca olvidaré que cuando las cosas se pusieron verdaderamente feas en mi vida tú diste un paso adelante y te encargaste de liquidar a esos tipos por mí.

PREFACIO

DE CÓMO ACABÉ HACIENDO UNA PELÍCULA CON UN MONSTRUO
HECHO CON PRODUCTOS CÁRNICOS CONGELADOS

John muere al final es la primera película surgida a raíz de una publicidad generada automáticamente.

Uno de los placeres inconfesables de mi vida es leer ficción zombi. Lo encuentro muy adictivo. Por eso tengo que obligarme a leer una o dos novelas de zombis al año. Si no lo hiciera no podría hacer otra cosa más que leer ficción zombi.

Hace unos años, me encontraba leyendo una novela de zombis bastante buena editada por una pequeña editorial independiente, Permuted Press. Entonces, un día apareció un e-mail en mi bandeja de entrada. Era publicidad generada automáticamente de una empresa online, y se leía lo siguiente: «Si le gustó la última novela de zombis de Permuted Press, probablemente le guste su novedad editorial *John muere al final*». El e-mail seguía con una descripción de la novela; una droga ilegal llamada Salsa de soja, una entidad maligna interesada en la dominación galáctica y dos buscavidas llamados John y Dave. Pues bien, el mensaje automático ya me había atrapado sólo con el título, probablemente el mejor título de una obra de ficción, o igualmente de una película, que jamás haya existido. No había leído ni una sola palabra de la novela, y sin embargo ya pensaba que podría convertirse en una película alucinante. Encargué el libro inmediatamente.

La novela llegó unos días después y comencé a leerla en ese mismo instante. Como muchos otros entusiastas de JMaf, leí el libro en una sola sesión. ¡Así de bueno me pareció! ¡Cuando estaba leyendo el pasaje inicial del acertijo ya supe que sería mi siguiente película! Bueno, primero tenía que leerla, pero siempre que no implicara un presupuesto a lo James Cameron, podría funcionar. Me enganché de inmediato a los lunáticos conceptos de David Wong, un monstruo hecho de carnes congeladas, un perro que habla, un móvil salchicha, una criatura ridícula empeñada en conquistar toda la realidad, y dos tipos con sangre fría como John y Dave. Sí, el libro en efecto pegaba un volantazo a la izquierda hacia Las Vegas revelando un asombroso espectáculo que incluso Cameron probablemente consideraría imposible de filmar. Pero, en el fondo, *John muere al final* era simplemente una historia de dos buenos amigos y su bizarro intento de comprender algunos asombrosos acontecimientos que tuvieron lugar en su pequeña ciudad de Illinois. En algunos aspectos, *John muere al final* presenta grandes similitudes con *Phantasma*, una película que rodé hace unas dos décadas.

Decidí contactar con el tal David Wong para ver si aceptaría que filmara una película basada en su novela. Busqué su página Web por aquel entonces, PointlessWasteOfTime.com, y le envié un correo. Los días pasaron sin que recibiera una respuesta. Volví a escribirle. ¡Ninguna respuesta! Estaba deprimido. ¡Tenía todos aquellos planes grandiosos y el tipo ni siquiera me respondía! Lo intenté escribiéndole por última vez y finalmente recibí una respuesta, no de David Wong (alias), sino de una persona llamada Jason Pargin (nombre real). Jason me ofreció una respuesta muy interesante. Me dijo que la razón por la que le había llevado tanto tiempo responderme se debía a que al principio pensó que mis e-mails eran una broma que le gastaba alguien que conocía su debilidad por *Phantasma* y otra de mis películas, *Bubba Ho-Tep*. Rápidamente le aseguré que era yo, y que era cierto que quería hacer una película basada en uno de sus libros. Mantuvimos una conversación muy

agradable y en un par de semanas ya habíamos cerrado el trato para hacer la película. Unos meses más tarde me alegró saber que la editorial St. Martin's Press unió fuerzas con Jason para trasladar su novela a una audiencia más amplia.

El reto al que ahora me enfrentaba era cómo destilar 350 páginas de inspirada demencia en un guión de cien páginas que el público general pudiera comprender. Había tan buen material en el libro que no quería eliminar nada. Tras darle muchas vueltas, desarrollé un plan para centrarme en algunas secciones del libro. Lo más curioso fue que, cuando le pregunté a Jason cómo abordaría una adaptación cinematográfica, su respuesta improvisada era casi idéntica al plan en el que había estado trabajando. Las grandes mentes piensan de forma parecida, ¿no es así?

Debo admitir que encontrar financiación para *John muere al final* no fue una tarea fácil. Los estudios de Hollywood no compraron *John muere al final*. De hecho, una de las ejecutivas de los estudios nos respondió con una elogiosa crítica del guión, y en la última línea de su carta confesó que la originalidad de la historia era la razón por la que nunca sería filmada en los estudios para los que trabajaba. El proceso de desarrollo de un guión dirigido a grandes audiencias precisaría eliminar toda esa jubilosa extrañeza que tanto nos gustaba de la historia. ¡Era realmente descorazonador! Sin embargo, ya me he ganado cierta reputación en realizar películas con un presupuesto mínimo, así que abandoné la idea de Hollywood y me puse a trabajar.

Un par de años antes había recibido un e-mail del director de películas de terror Eli Roth, en esos momentos en Europa del Este filmando *Hostel 2*. Eli se había reunido con el actor Paul Giamatti para cenar. Y se pasaron la noche hablando de *Bubba Ho-Tep* y lo mucho que a Paul le gustaba. Más tarde conocería a Paul, y además de ser el mejor actor vivo del planeta, también descubrí que era un tipo excelente y un fan absoluto del género. Averigüé que Paul había montado una pequeña productora llamada Touchy Feely

Films y pronto nos pusimos a diseñar un proyecto para trabajar juntos. Primero intentamos montar una secuela de *Bubba Ho-Tep* titulada *Bubba Nosferatu: Curse of the She Vampires*. Desafortunadamente, al final ese proyecto no salió, pero justo por aquel entonces, aquella publicidad generada automáticamente de Internet entró en escena, y poco después estaba leyendo la novela JMaF, imaginando ya a Paul en el papel principal del reportero Arnie Blondestone.

El reparto de JMaF es fantástico. Durante el casting, un chaval, Chase Williamson, entró en la sesión. Se acababa de graduar en arte dramático por la Universidad de Baja California y nunca había trabajado en una película ni en un programa de televisión. Me pareció el Dave perfecto y lo fiché inmediatamente. Su primer día de rodaje incluía ocho páginas de diálogo en el restaurante They China Food! sentado frente a Giamatti. Chase clavó sus escenas, y fue en ese momento cuando para mí la película comenzó a tomar forma. El joven actor Rob Mayes fue elegido para el papel de John, y estoy encantado con la calidez y el humor que infundió al personaje. Tuvimos mucha suerte de poder contar con algunos magníficos actores veteranos, incluyendo a Clancy Brown (*The Shawshank Redemption*, *Starship Troopers*), Glynn Turman (*In Treatment*, *Super 8*), Doug Jones (*Hellboy*), Daniel Roebuck (*Lost*), y Angus Scrimm (*Phantasma*) para terminar de redondear el reparto.

Uno de los mayores retos al trasladar JMaF al celuloide fue crear los fantásticos monstruos y criaturas de la historia ajustándonos a nuestro limitado presupuesto. Por fortuna, tengo un gran amigo y colega llamado Robert Kurtzman, un magnífico director por derecho propio y uno de los cofundadores de los increíbles estudios KNB Effects. Bob creó la antigua momia Bubba Ho-tep de mi anterior película y se ofreció a colaborar en JMaF. Bob y su gente en la empresa Creature Corps de Robert Kurtzman son los responsables de dar vida al épico «Monstruo de carne». El disfraz del monstruo que esculpieron es una verdadera obra de arte. Suena ridículo, pero la manera en la que fueron capaces de integrar truchas, lomo

PREFACIO

con piña, salchichas vienesas y beicon en aquella increíble creación fue sorprendente y divertidísima. Espero que algún día podamos exhibir ese maravilloso traje en el museo de alguna ciudad para que los fans de JMaF lo puedan admirar en directo.

Sentí una tremenda gratitud mientras trabajábamos en la película cuando supe que St. Martin's Press había publicado la edición en tapa dura con una magnífica acogida entre la crítica y unas ventas excelentes.

Tras años de trabajo, literalmente, acabamos por fin la película y fue estrenada en el Festival de Cine de Sundance. Jason Pargin y su esposa, Shannon, estaban entre la audiencia aquella noche, ¡y fue realmente excitante y un gran alivio que ambos se mostraran genuinamente encantados con la cinta final! *John muere al final* continuó cosechando aplausos en el circuito de festivales de cine, e incluso consiguió llenos totales en los pases de la película en los principales festivales, incluyendo SXSW, Toronto, Londres y Sitges. Magnolia Pictures adquirió los derechos de distribución con la intención de realizar un estreno mundial.

Así que esta es mi historia de cómo finalmente se rodó la película de JMaF. Incluso hoy día, en ocasiones me pregunto qué fue lo que hizo que aquel bot cibernético me enviara el e-mail. ¿Fue simplemente que una inmensa serie de interruptores de silicio se alinearon casualmente generando aquel e-mail para mí y pusieron en marcha los acontecimientos? ¿O tal vez se trataba de algo más perverso... tal vez un ser calculador y maligno procedente de otro universo que penetró en nuestra dimensión y se infiltró en los servidores de correo para así poder ser representado en la pantalla de una película de Hollywood? Supongo que nunca lo sabremos.

—DON COSCARELLI

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2012

DE CÓMO EL POST DE UN BLOG SOBRE MONSTRUOS FLATULENTOS SE
CONVIRTIÓ EN UNA PELÍCULA CON UN PREMIO DE LA ACADEMIA
(MEJOR REPARTO) Y SALVÓ A SU AUTOR DE UNA VIDA
DEDICADA AL CRIMEN

Mi enrevesado sueño febril de NyQuil, que es la historia de terror *John muere al final*, apareció en Internet hace casi exactamente una década, tomando como fecha de referencia el momento de escritura del presente prólogo. Lo publiqué bajo un nombre falso... mi familia, amigos y compañeros de trabajo no sabían que la había escrito, porque pedirle a alguien a quien quieres que lea tu manuscrito no publicado es considerado como una forma de agresión en Illinois. Enviarlo a un editor o un agente me pareció una irresponsable manera de desperdiciar un enorme sobre, y además me comunicaron que según la normativa del Servicio Postal de Correos, la historia podía ser clasificada como mercancía con riesgo biológico de Clase II.

Así que sólo gente anónima de Internet contempló cómo iba creciendo aquella cosa infame en el sucio tanque clonador de mi cerebro, mientras hacía que la historia fuera engordando año tras año, encorvado sobre el teclado y obsesionándome con cada palabra. Luego colgaba el producto acabado en la red, gratuitamente, y de día trabajaba por ocho dólares la hora metiendo datos en un cubículo. Continué trabajando en la oscuridad durante media

década, esperando las noticias que sabía que finalmente llegarían: que mi macabra e hiperactiva cadena de absurdos sinsentidos iba a ser publicada por el gobierno para usarla como arma de guerra psicológica lanzada desde helicópteros sobre los talibanes.

Lo que realmente ocurrió fue que, alrededor de 2006, una editorial de autoediciones me ofreció imprimir y vender ejemplares en rústica de la historia, y dijeron que no me cobrarían la corrección de cientos y cientos de errores que contenía el texto. Así pues, se difundieron al mundo unos cuantos miles de ejemplares de *John muere al final* en un evento que algunos han comparado con los momentos posteriores a un choque entre dos tráileres llenos de napalm y vibradores.

Mientras tanto, a tres mil kilómetros de distancia, la leyenda del cine de terror de culto Don Coscarelli se estaba leyendo un libro completamente distinto que no tenía nada que ver con aquella cosa que yo había escrito. Pero un distribuidor online, usando el mismo algoritmo de recomendación de producto que ofrece un juego de química y amoníaco a cualquier persona que compra online el fármaco Sudafed, recomendó las 400 páginas de trastorno de personalidad no diagnosticado que era *John muere al final*. Lo compró y lo leyó.

Veamos, no quiero aburrirles con los detalles, así que avancemos un poco. Y con eso me refiero a retroceder veinticinco años.

A mediados de los 80 yo era un chico que vivía en el Medio Oeste rural, dedicado a mis aficiones de ser gordo y oler mal. Mi madre nos llevó a mi hermano y a mí a un pase de medianoche en Halloween de una película de terror llamada *Phantasma*. Bueno, yo tenía unos diez años por aquel entonces, pero ya había visto al menos cuatro películas de la saga de Viernes 13. Así que para mí las pelis de «terror» eran sólo un tipo con una máscara que iba por ahí matando a adolescentes de formas cada vez más bufonescas... no tenían nada que ver con el miedo (de vez en cuando algo sale de repente de un armario o algo parecido, como si dar un susto a los espectadores

fuera lo mismo que aterrorizarlos). No sé, tal vez otros niños sintieran realmente miedo cuando aquel tipo de la silla de ruedas se comió un machete en toda la cara y cayó rebotando hacia atrás por las escaleras, pero yo me partí el culo.

De todas formas, allí estaba yo, un chico preparándose para un pase de madrugada en una sala decorada con telarañas falsas y esqueletos de cartón piedra, riendo y preguntándome qué arma usaría el asesino en *Phantasma*. Me aburría el machete de Jason Vorhees. ¿Usaría el señor Phantasma una sierra eléctrica? ¿Un enorme... taladro o algo así? ¿Un rastrillo? Ya corrían rumores de que *Pesadilla en Elm Street* había subido el listón con un guante hecho de cuchillos. Parecía difícil de superar.

Pero resultó que *Phantasma* trataba de esferas plateadas flotantes que trepanaban los cerebros de las víctimas y succionaban toda su sangre con el fin de transformarlos en un ejército de enanos esclavos no-muertos en otra dimensión. Los buenos, y el público, se encuentran ante un enemigo que no tienen forma posible de entender, porque las reglas de la realidad cambian bajo sus propios pies una y otra vez hasta que un giro final inesperado como un puñetazo en el estómago destroza todo lo que creíamos hasta ese momento.

Era la primera vez que sentía miedo al contemplar algo.

Phantasma, por aquel entonces lo ignoraba, era de Don Coscarelli. Reconocí el nombre veinte años más tarde, cuando vi *Bubba Ho-Tep*, una película que protagoniza Bruce Campbell en el papel de un Elvis Presley anciano que lucha contra una momia junto a un viejo John F. Kennedy. Ese argumento de alguna manera allanó el terreno para una de las películas más reconfortantes, sinceras y entrañables que jamás haya visto... era una historia absurda que presenta a unos personajes reales en profundidad: viejos desesperados intentando ser héroes una última vez. Los que no la habéis visto pensaréis que estoy de broma; los que la habéis visto estaréis asintiendo.

Así pues, en 2007, tras pasar un largo día procesando datos, recibí un e-mail del señor Coscarelli en el que me decía que quería

adquirir los derechos de mi grito de ayuda de 150.000 palabras con la intención de gastar millones de dólares para hacer una película.

Borré el e-mail. Veréis, a juzgar por los esporádicos mails de mis seguidores, sabía que aproximadamente un treinta por ciento de mis lectores estaban locos. Supuse que tal vez yo mismo había nombrado a Coscarelli en algún mensaje del blog y que el e-mail era de algún colgado que pensaba que sería una broma divertida hacerse pasar por él. Afortunadamente, Don insistió, y tras pelearme con mi conciencia, accedí (estaba seguro de que Don se pensaba que estaba comprando la biografía de John F. Kennedy *The Day John Died*, y que en unos días se daría cuenta de que accidentalmente había terminado comprando el aullante tornado de polladas literarias que era mi novela).

Se produjo un silencio de meses después de esto, y naturalmente supuse que si hubiera preguntado por el progreso de la película, Don me respondería: «David, si se te ocurre poner un pie al oeste de las Rocosas, eres hombre muerto». Pero me equivocaba, y fue él finalmente quien contactó conmigo para informarme de que el nominado por la Academia Paul Giamatti se había embarcado en el proyecto, porque él, también, aparentemente creía que plasmar mis grotescas ensoñaciones en una película aportaría valiosos datos a generaciones de profesionales de la salud mental, y con suerte ayudaría a futuros historiadores a entender el declive de una civilización en otro tiempo admirable.

Es imposible describiros lo que ocurrió a continuación a menos que vosotros también hayáis tenido a un enorme grupo de personas dedicando años de duro trabajo y una enorme cantidad de dinero a intentar recrear con todo detalle en la vida real el sueño más extraño que jamás hayáis tenido. Por fin, a principios de 2012, Don me informó de que ya habían acabado el corte final de la película, a pesar de algunos retrasos debidos a que todo el mundo involucrado, hasta el tipo encargado de manejar los rollos de película, no escucharon nada más que gritos en sus cabezas durante seis semanas des-

pués de acabar la película. Dijo que la película había logrado hacerse un hueco en el prestigioso Festival de Cine de Sundance. Pensé que tenía sentido; el estreno sería la ocasión perfecta para que el Departamento de Seguridad Interna nos atrapara a todos en el mismo lugar y se marcara con nosotros un *Malditos bastardos* en la sala.

¿Cómo me sentí al ver las escenas y personajes que habían habitado en mi cabeza durante una década repentinamente proyectados sobre una enorme pantalla e interpretados por gente famosa? Diría que es como llegar un día a casa y encontrar que toda tu familia y tus amigos han sido reemplazados al estilo de la *Invasión de los ladrones de cuerpos* por gente mucho más sexy. Resulta extraño, pero no se puede negar que es una mejora. Así que permanecí allí sentado, sintiéndome como si mi propio reflejo se hubiera escapado de un espejo y me hubiera arrastrado hacia otra realidad. Cuando aparecieron los créditos la sala abarrotada se levantó aplaudiendo, bien porque les había encantado la película, o bien porque eran conscientes de que la sociedad finalmente se había derrumbado y que, a partir de ahora, la vida sería una barra libre de saqueo e impúdica desnudez pública.

Desde entonces, aproximadamente una vez a la semana, me preguntan qué pienso sobre la película, frecuentemente personas que esperan que me marque un «Hollywood arruinó mi bella creación» a lo Alan Moore. Después de todo, si dijera que me encantó, como lo digo ahora, ¿qué significaría realmente? No es que yo sea un observador imparcial, y además podría estar loco. Así que permitidme que lo plantee de esta manera: la película fue alabada por todos en Sundance, y también en el festival South by Southwest de Austin, y en festivales de Toronto, Seattle, San Francisco, etc. Eso a pesar del hecho de que, por lo que sé, no se cambió ni una sola línea ni escena para hacer la historia más *mainstream* o hollywoodiense.

¿Es la película exactamente como el libro? No, una película exactamente como el libro habría sido una cabalgata de ocho horas de

obscenidades, y su coste se habría disparado tanto que sólo habría podido ser asumido por algún misterioso millonario que viviera en una isla, dentro de una fortaleza de obsidiana tallada con la forma de su propio rostro, y sólo con la intención de usarla para chantajear al gobierno y obtener así armas nucleares. No querría que esa película existiera; yo también tengo que vivir en este mundo.

Entiendo por dónde pueden venir las dudas; no me malinterpreteis. Nadie se siente más protector hacia un bebé que su madre, incluso si dicho bebé está destinado a provocar mil años de oscuridad. Pero sin entrar demasiado en el aspecto técnico de la narrativa, la diferencia mayor entre una novela y una película es que una película debe de tener lo que la gente en el negocio llama «estructura». Una novela podría consistir en 200 páginas o 1.500, pero la película resultante debe durar un par de horas inexorablemente y, por lo tanto, debe estar estructurada para ajustarse al formato. Además, mientras que una novela como la mía puede, sobre el papel, ser un cacofónico y alucinógeno Mardi Gras de monstruos flatulentos, una película debe, usando la jerga hollywoodiense, «tener sentido».

Así pues, no sé cuánto tiempo tardó el señor Coscarelli en convertir un viaje a través de mis disparatadas sinapsis de 400 páginas en un guión de 100 páginas, ni cómo logró reunir un reparto de actores y actrices galardonados y conformó la base de una película que fue ganando premios y elogios en los festivales de cine de todo el país. No quiero saberlo. Lo que sí sé es que lo que vi en la pantalla había sido creado por hombres y mujeres que hacen lo que saben hacer mejor de lo que yo hago lo que sé hacer, y que sirva como prueba el hecho de que haya escrito la frase anterior.

También sé que gracias a que Don se arriesgara con algo que a cualquier persona ajena le habría parecido como comprar una docena de tejonos con la esperanza de entrenarlos y ganar la Iditarod, la novela *John muere al final* fue elegida por Thomas Dunne Books, y desde entonces ha sido editada y reeditada en más de una docena de países en formato de tapa dura, rústica, audio y e-book. Su secuela,

This Book is Full of Spiders—Seriously Dude, Don't Touch It, salió a la venta en formato de tapa dura en octubre del 2012... sólo unos días después de que mecanografiara estas palabras.

Resumiendo, todo esto ha servido para mantenerme alejado de las calles, probablemente la consecuencia más importante en términos del posible beneficio a la sociedad.



JOHN

MUERE

AL FINAL

PRÓLOGO

RESOLVER EL SIGUIENTE ACERTIJO te revelará el terrible secreto del universo, siempre que no acabes totalmente loco en el intento. Si resulta que ya conoces el terrible secreto del universo, puedes saltarte esta parte.

Digamos que tienes un hacha. Sólo un hacha barata del Home Depot. Un gélido día de invierno usas esa hacha para decapitar a un hombre. No te preocupes, el hombre ya estaba muerto. O tal vez sí deberías preocuparte, porque eres tú quien le disparó.

Había sido un tipo corpulento y nervioso con gruesas venas que se extendían por sus bíceps hinchados y lucía un tatuaje de una esvástica en la lengua. Los dientes, como colmillos afilados con cuchillas... ya sabes, de ese tipo. Y le estás cortando la cabeza porque, incluso con ocho agujeros de bala en el cuerpo, tienes la certeza de que saltará de nuevo sobre sus pies y devorará la expresión de terror de tu rostro.

Con el último golpe, el mango del hacha se parte en una lluvia de astillas. Ahora tienes un hacha rota. Así que, después de una larga noche buscando un lugar donde tirar al hombre y su cabeza, te diriges al centro de la ciudad con el hacha. Entrás en el almacén de bricolaje y explicas que las manchas rojas oscuras en el mango roto son de salsa barbacoa. Sales de la tienda con un mango nuevo para tu hacha.

El hacha reparada permanece intacta en tu garaje hasta la primavera cuando, una mañana lluviosa, encuentras en tu cocina una criatura que parece una babosa de treinta centímetros con un saco de huevos colgando de su cola. Con las mandíbulas rompe en dos un tenedor con lo que parece poco esfuerzo. Agarras tu leal hacha y cortas aquella cosa en varios trozos. Sin embargo, en el último hachazo, la hoja del hacha golpea una pata metálica de la mesa de la cocina que está colocada boca abajo y se rompe una esquirla del metal justo en el medio del filo.

Por supuesto, una cabeza desdentada significa otro viaje a la tienda de bricolaje. Te venden una cabeza nueva para tu hacha. En cuanto llegas a casa, encuentras el cuerpo reanimado del tipo que decapitaste antes. Además tiene una nueva cabeza, cosida con lo que parece sedal de plástico de una máquina desbrozadora, y en su rostro se dibuja esa singular expresión de resentimiento del tipo «tú eres el hombre que me asesinó el invierno pasado» y que uno tan pocas veces observa en su día a día.

Blandes el hacha. El tipo mira durante un largo rato el arma con sus ojos viscosos y putrefactos y con una voz engolada grita: «¡Esa es la misma hacha que me decapitó!»

¿TIENE RAZÓN?

REFLEXIONABA SOBRE ESE ACERTIJO mientras estaba sentado en mi porche a las 3:00 a.m. y una brisa helada me entumecía las mejillas y los lóbulos de las orejas y hacía que los pelos me hicieran cosquillas por la frente. Tenía los pies apoyados en la barandilla, echado hacia atrás sobre una de esas sillas de plástico baratas de jardín, la clase de silla que sale volando cada vez que hay tormenta. Hubiera sido una buena ocasión para fumar una pipa de haber tenido una y cuarenta años más. Era uno de esos momentos poco frecuentes de paz mental que experimentaba últimamente, el tipo de momento que uno no aprecia hasta que se aca...